

la ronda de la ínsula, en la cena del Gobernador o en las pláticas que sostiene con su mujer Teresa Panza.

**2.1.** Si examinamos con detenimiento la lengua de estos capítulos, hallaremos perfectamente reflejadas dos características constantes del autor: afectación y llaneza. Sancho será el prevaricador del buen lenguaje y Don Quijote empleará gran cantidad de términos arcaizantes, constituyendo una de las fuentes de comicidad de la obra.

En 1569, el napolitano Massimo Troiano, músico y compositor al servicio de la Corte de Baviera, compuso unos Dialoghi, especie de manual de español para italianos (resumido por P. Pfandl, en su «Introducción al estudio del Siglo de Oro»), donde se destacan tres rasgos de la expresión española que le llamaron la atención: la abundancia de comparaciones, exclamaciones y preguntas retóricas; el cúmulo de nombres, apodos y sinónimos picantes, mordaces y burlescos; y los innumerables refranes que matizan la conversación.

Por lo común, Sancho emplea los refranes en circunstancias imprevistas o de modo disparatado, aunque por el contrario la característica normal de su habla sea la naturalidad, siendo aquéllos uno de los ingredientes y encantos que emanan de la lectura del texto. De esta manera, se convierte nuestro personaje en un maestro de estilo, llegando a burlarse de la manera espaciosa con que la muchacha disfrazada de varón ha contado su salida nocturna. Hay otro momento en que llama la atención la riqueza exclamativa, tan típica de nuestra lengua: Cuando el paje de la Duquesa lleva a Teresa Panza la carta y presentes que envía su marido, casi todos los personajes prorrumpen en expresiones de este tipo. En primer lugar, Sanchica:

«¡Que me viva mil años, y el que lo trae ni más ni menos, y aun, dos mil si fuere necesidad!». Teresa Panza, llena de júbilo por las noticias, se encuentra con el Cura y Sansón Carrasco, y comienza a bailar y a decir: «A fe que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos, no, sino tóme-se conmigo la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva».

Otra nota característica que se desprende del texto es la discreción, con que Sancho gobernó su ínsula, llegando a poseer esta cualidad hasta el punto de que el que escribía sus palabras y hechos para dar relación a los Duques «no acababa de determinarse si la tendría y ponderaría por tonto o por discreto». La gravedad de su cargo le infundió nuevo lenguaje: «los que

conocían a Sancho Panza se admiraban oyéndolo hablar tan elegantemente...» y el mayordomo de la ínsula se asombraba de que un hombre tan sin letras diga «tales y tantas cosas llenas de sentencias y avisos», sirviéndole la misma naturalidad y discreción para abandonar con un hermoso discurso su fugaz gobierno.

En general, encontramos en la lengua palabras «significantes, honestas y bien colocadas» en «oración y período sonoro y festivo», que pintan la intención y los conceptos «sin intrincarlos y escurecerlos». La propiedad de las palabras está subordinada a la honestidad o a cierto decoro, que le obliga a rehuir ciertos términos.

